

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

Villafranca del Bierzo

La Palabra de Dios que la liturgia nos propone para la celebración de la eucaristía nos habla de pecado, reconciliación y perdón. San Pablo en la Carta a los Corintios explica el Misterio que está detrás del espectáculo de la muerte de Jesús en la cruz: El Hijo de Dios estaba reconciliando a los hombres con Dios. He aquí el significado más profundo de la muerte de Cristo que celebraremos el próximo Viernes Santo. La reconciliación del hombre con Dios no sólo le devuelve a su situación original antes del pecado de Adán sino que lo hace una nueva criatura porque destruye el hombre viejo, porque aplasta el pecado.

Efectivamente, el perdón divino es infinitamente superior al perdón que podemos otorgar lo hombres, no podemos empobrecerlo y rebajarlo a un perdón meramente humano. El suyo no es sólo un olvido, un no llevar cuenta, sino un borrar y destruir el pecado y además crear un hombre nuevo, una criatura nueva (2Co 5,17), lavada, renovada y santificada. Ese nuevo ser es capaz de un nuevo obrar, potente y robustecido para cumplir los Mandamientos, capaz de maravillas divinas, de ser misericordiosos como el Padre (Lc 6,36), de amar incluso a los enemigos (Mt 5, 44), de perdonar hasta setenta veces siete (Mt 18, 21-22).

El hombre necesita reconciliarse con Dios, ser perdonado y vivir la alegría de la gracia. El Señor podría hacer esto por su cuenta, sin embargo quiere que actúe, por una parte, la libertad del hombre y, por otra, el testimonio y la misión de los cristianos. Por eso San Pablo dice que el Señor nos confió la misión de reconciliar e insiste en que nos dejemos reconciliar con Dios.

Es muy difícil que las personas se den cuenta de la necesidad de la reconciliación y la bondad de un Dios misericordioso si no tienen conciencia de haber hecho las cosas mal o de no haber hecho el bien que debían hacer. Si no hay conciencia de pecado y de pecador, resulta muy difícil que se suscite en el corazón y en la mente del hombre la necesidad

de buscar la reconciliación y el restablecimiento de los daños causados por el pecado.

En esta situación de debilitamiento de la conciencia de pecado se encuentran hoy muchos de nuestros hermanos bautizados que, poco a poco, abandonaron la fe y viven como los paganos que no tienen conciencia de pecado porque no creen o no han descubierto al Dios misericordioso y bueno, paciente y fiel que Jesús nos revela en la parábola del hijo pródigo.

En la Carta Pastoral que os he escrito hoy a todos los diocesanos afirmo que “La responsabilidad de la Iglesia en orden a crear una mayor sensibilidad moral y espiritual, va unida a la presentación y proclamación del mensaje cristiano como gracia liberadora... Ayudarán a ello una correcta formación y orientación de la conciencia de los fieles, así como una buena catequesis, iluminada por la teología bíblica de la Alianza, una escucha atenta, una acogida fiel del Magisterio de la Iglesia, que no cesa de iluminar las conciencias, y una praxis cada vez más cuidada del Sacramento de la Penitencia (*Reconciliatio et Paenitentia*, 18). Esto es lo que podemos esperar de las acciones que emprendamos en la diócesis con motivo de este Año Jubilar de la Misericordia”

La Misión popular que hoy iniciáis en esta parroquia, promovida por vuestro párroco con la ayuda de los Padres Redentoristas, tiene como objetivo despertar en todos una viva conciencia de la imagen de Dios misericordioso que manifiesta su misericordia con el perdón enseñándonos a ser misericordiosos y a perdonar incluso a nuestros enemigos. Por tanto, espero y deseo que uno de los frutos de la Misión sea la conversión del corazón de aquellos hermanos que viven en una débil conciencia cristiana o en la indiferencia sin ninguna referencia a Dios en las decisiones que toman en su vida.

Todos los bautizados somos misioneros por gracia de Dios. Todos podemos y debemos predicar el evangelio de la misericordia con palabras y con obras. Por eso la tarea misionera concierne a todos los miembros de la comunidad parroquial que os sentís iglesia viva y apostólica. También las comunidades monásticas y religiosas deben

implicarse en esta acción misionera desde sus monasterios con la oración y el sacrificio.

Estoy seguro que esta hermosa acción pastoral os ayudará a tener una mayor conciencia de ser hijos de Dios y como tales hijos, hermanos de todos los hombres. Al final de la misión saldrá reforzada la comunidad cristiana. Os sentiréis más hermanos, más solidarios entre vosotros, con los pecadores para que abandonen la vida de pecado, con los enfermos y los más pobres y necesitados. Con la Misión que hoy comenzáis ponéis en práctica el sueño del Papa Francisco que ha dicho repetidas veces que quiere una iglesia en salida a las periferias existenciales para ser en medio del mundo como un hospital de campaña donde los hombres encuentren un lugar para curar las heridas que la sequedad espiritual produce en el alma.

No tengáis miedo a la Misión, a anunciar con valentía el mensaje central del evangelio que expresa la parábola del hijo pródigo que hemos escuchado: Dios nos ama inmensamente en su Hijo Jesucristo y quiere hacernos felices a su lado y al lado de los demás hermanos por la acción santificadora del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones. Tomad como ejemplo e intercesor a San Lorenzo de Brindis cuyo cuerpo incorrupto es custodiado desde su muerte en este lugar por las hermanas Clarisas del Monasterio de la Anunciada. Él predicó a tiempo y a destiempo la verdad del evangelio a los cristianos que vivían en el error y a los no cristianos. Su misión entre los protestantes, los judíos y los turcos dio fruto gracias al rigor y estudio de la Escritura y de la teología y a su fama de santidad.

La Virgen María, estrella de la evangelización, reina de los apóstoles, acompañará vuestra misión e intercederá ante el Padre para que acertéis a comunicar a vuestros vecinos la alegría del evangelio.